

Carlos Macusaya Cruz. “En Bolivia no hay racismo, indios de mierda”. Apuntes sobre un problema negado. 207 páginas. Segunda edición. La Paz: Ediciones Jichha, 2022.

Llevo ya tiempo repitiendo, al punto del aburrimiento de varios, que soy boliviano a veces, quizá solamente cuando estoy fuera de este no país, cuando no me queda otra que decir que soy boliviano, o cuando los extranjeros me dicen que pensaban que era peruano, o mexicano, o hindi. ¿“Indio”? ¡Indio!

He escuchado decirme eso a quienes se autodenominan bolivianos, ya sea gritando o siendo paternalistas conmigo: “indio”; sobre todo en las dos primeras décadas del siglo XXI. Últimamente pasa poco, quizá por ese algo que algunos administradores de empresa llaman “ascenso horizontal”, o por algunas de las varias razones expuestas por Carlos Macusaya en la primera edición de su libro “En Bolivia no hay racismo, indios de mierda”. Repito, hoy me siento menos discriminado, menos mal, pero, por supuesto, viví discriminación en la universidad, durante mis estudios de pregrado por llevar *lluch'u* y calzar *wisku*, ah, y de yapa por ser alteño. Yendo más allá, fue... ¿fue por entender que ni mi abuela, María, ni mi padre, David, tuvieron las mismas oportunidades que yo?, ¿fue porque traté de tomar clases de aymara en vez de inglés I, II, III, IV?, ¿fue porque tomé conciencia de que mi abuela era la que hablaba, pero no escribía, “solamente” en aymara? Padre hablaba español, aprendí a escribir en español, fue bachiller, ingresó a la universidad para ser técnico en electricidad, pero no pudo terminar sus estudios porque se le cerraron muchas puertas cuando llegué para cambiarle la vida yo, el hijo mayor, el que sobrevivió a una serie de enfermedades infantiles y estudió en colegios particulares que nunca pudieron ser pagados por mi madre y mi padre, quienes terminaron siendo comerciantes en la Ceja y en la feria 16 de Julio. Ambos quisieron que mis hermanos menores y yo estudiáramos en buenas escuelas y colegios, pero en El Alto no había tal cosa, o no conocí tal cosa,

máximo la recomendación del familiar o el compadre que en los 80s también migró del área rural o fue relocalizado y dejó atrás el centro minero. Por eso es que me presento casi siempre como alteño, luego vienen mis oficios y profesión.

No sé si me disculpen por ese primer párrafo introductorio, pero da igual porque la verdad es que tampoco me siento en la obligación de pedir disculpas. Para ser breve, aunque por poco tiempo, lo más importante para mi lectura de *“En Bolivia no hay racismo, indios de mierda”* es lo que se expone a manera de divulgación en el primer capítulo, el que titula *“Ficciones de raza”*. Luego, entre las repeticiones de Macusaya, la lectura lineal deja de ser tal, pues, por más que voy en el orden dispuesto por la numeración de páginas, paso del capítulo 2 al 7, del 5 al 3, del 4 al 6, del 6 al 4, y así todas las combinaciones posibles.

Pienso, sí, de nuevo, en cómo fue para mi padre, aymara nacido en Yaco, provincia Ramón Loayza. Imagino cómo fue para sus hermanos, cómo fue para mi abuela, su madre, y también en cómo fue para mi madre, mis hermanos y yo el aguantar, mejor si en silencio, las consecuencias de aquella búsqueda, la de ser incluidos, ahí, *“en asuntos y lugares que no ‘les corresponden’”*, o de forma repetida vivir acciones y palabras que se sintetizarían en *“deben quedarse en su lugar, no deben pasarse de la raya”* (ambos entrecomillados y el énfasis pertenecen al libro de Macusaya 34, 51). Palabras exactamente iguales o muy similares que de seguro dicen mucho a quienes la pasaron peor que yo; quienes en otras condiciones, la de nuestros abuelos, apenas hubieran sobrevivido para exponer eso que ocurrió, así o más descarnado y para el entretenimiento y la burla de ajenos a nuestra condición, siempre todos ellos detrás de pantallas que caben en la palma de sus manos u ocupan paredes enteras, quienes quisieran que nos quedemos donde estábamos, aquellos que todavía contienen sus palabras porque todavía necesitan relacionarse, ya sea en privado o en público, con actores del poder coyuntural pachamamístico; sin embargo, sueñan con que las cosas vuelvan a ser como antes, sin la ocupación de espacios que sufrirían o ya sufrieron *“degradación o devaluación”* con la presencia del indio (palabras de Macusaya de nuevo 54).

Pero no todo es enumerar los muchos desacuerdos invisibilizados que generan empatía forzada, sensibilización efímera o confrontación. Coincidimos, claro, en que prácticamente no existe acierto en cómo se ha encumbrado a quienes con ínfimas capacidades y conocimientos especializados encabezan ministerios y viceministerios porque la prevenda es lo que se ha heredado como forma de hacer política del siglo XX en el siglo XXI, entonces de nada sirve el origen del *“indio”*, del anteriormente desplazado que

ahora está sobre todo en cargos medios y aprovecha para robar lo más posible porque... si así lo hicieron antes quienes nos gobernaban en los siglos XIX y XX, cualquiera debería poder, ¿no?

Responder con esa clase de preguntas, deberíamos saberlo, no es más que dar cual pan comido argumentos para desatar la violencia contenida de quienes añoran el pasado, el de hace más de una década, y quieren que volvamos al orden constituido anteriormente. Por eso tratan de revivir discursos pobres como el de la meritocracia, obviando que no hubo ni habrá tal. Quizá lo que se viene ahora, recién, es un verdadero periodo de transición. Porque aparentemente, ojalá sea así, no volveremos a ser gobernados por quienes nieguen a nuestras culturas con sus respectivas lenguas, las que habitan esta superficie territorial, poblaciones humanas a las cuales se las quiere inamovibles en áreas rurales y no conviviendo en las ciudades porque las *afean*.

Repito: la tesis de la ficción del racismo es el punto alto del libro de Macusaya. Todo lo demás escrito en su libro consigue que nosotros, los racializados, sintamos que nos quieren quitar lo poco conquistado porque todavía varios de nuestros hermanos no asumen con seriedad el reto histórico, porque los blanqueados ven virtud en sí mismos o en quienes les son funcionales (sin importar que hayan o no vivido siempre en ciudades) y ven únicamente defectos en aquellos a quienes siempre quisieron eliminar. Lo importante, creo ahora mismo, es insistir en las siguientes palabras de Macusaya: “El racismo, en consecuencia, no existe por sí mismo, sino que se produce en un orden social en el que los estratos más altos y más bajos llevan una carga histórica que se expresa en diferencias somáticas y culturales. Los actos de racismo emergen cuando individuos o grupos racializados traspasan ciertos límites y así tensionan el orden social. En esta situación, quienes ejercen racismo buscan que las cosas ‘vuelvan a la normalidad’, que cada quien cumpla su rol ‘racial’ y ocupe su lugar ‘natural’. Cuando un indio sale de ‘su rol’, cuando no se queda en su lugar, entonces se le recuerda lo que ‘es’ (un ser inferior) y lo que ‘no puede ser’ (un igual ante quien lo racializa como indio)” (55).

Una vez más, la búsqueda del beneficio cortoplacista con la menor cantidad de beneficiarios involucrados. Una vez más estar donde más consigue el que impide que otros estén mejor. O, en palabras de Macusaya: “La formación de sentimientos de pertenencia a una ‘comunidad imaginada’, a la ‘nación mestiza’ en este caso, están ligados a establecer un orden que nunca llega a totalizarse, pero que se despliega generando ciertas aperturas y limitaciones en tanto la estabilidad del grupo dominante no se ponga en riesgo.

Así, la formación y los usos de la identidad nacional remiten a jerarquías que se deberían respetar y a actitudes que se deben tener para ser buenos miembros de la nación” (68-69).

Si se nos denomina reserva (¿moral?) es porque nos quieren distantes, alejados, como culturas no predominantes. Por lo dicho ya por Macusaya, “[d]esde esa perspectiva, los indígenas serían seres contemplativos e incapaces de tener iniciativa histórica” (84). Y ahí no hay donde perderse, pues quien se mantiene pasivo, quien trata de no inmiscuirse, quien es permisivo, quien se anula, creyendo blanquearse, deja que lo avasallen al punto de lo siguiente, parte también del libro de Macusaya: “En una de las campañas que hicieron para una de esas elecciones se presentaron en la plaza de un pueblo y mientras el candidato indio discursaba, pidiendo el voto de sus hermanos, uno de ellos le interrumpió con estas palabras: ‘¿cómo voy a votar por vos si como yo nomás eres?’. O sea, la persona que interrumpió (seguro no hubiera interrumpido a un *q’ara*) creía que alguien como él no podía ser presidente del país; alguien como él no era apto para gobernar; en definitiva, creía que alguien como él, era inferior” (93).

Sobre el último capítulo del libro, “El racismo en la crisis irresuelta”, la parte donde se hace referencia al gobierno de Jeanine Áñez, no voy a extenderme. Dejo eso a quienes, a pesar de ser tales, no se reconocen como mercenarios que buscaron reducir y redireccionar lo que la mayoría de la población vivió, sobre todo en la ciudad de El Alto, tanto en tiempos de represión militar prepandémica como durante la pandemia. Cito a Macusaya por última vez: “no es que el gobierno de Áñez haya degenerado, surgió ya así” (144). Acoto lo siguiente dándole un giro a esas palabras: puede que el MAS no haya surgido así, pero degeneró demasiado rápido y, para colmo, en vez de hacer autocrítica quieren hacernos creer que no hay futuro sin ellos, que al final no son más que un partido político en decadencia que ha pactado con megaempresarios y los peores elementos de la dirigencia sindical, sean estos urbanos o rurales.

La idealización ciega, la del blanqueado y del que por conveniencia se niega blanqueado para seguir gozando de los beneficios a los que se ha acostumbrado, se limita al consumo y la reproducción de discursos que les hacen sentir superiores, simplonamente, como si eso bastara para que no se los mande también a estudiar, entre otras cosas, historia de Bolivia. Hay una ceguera que se confunde con miopía en quienes aparentemente sufren algo más que trastorno dismórfico corporal (últimamente los autodenominados como libertarios), pues niegan lo que sus manifestaciones “premodernas”, las

que salen de sus fisonomías o la del entorno diario, negado también, nos muestran; quieren encontrar en espacios cada vez más pequeños irrealidades que apenas unos pocos pueden vivir gracias al dinero robado a poblaciones humanas mayoritarias a las que quieren lejos, muy lejos. ¿Y qué del bienestar colectivo cuando la aspiración de casi todos es blanquearse o anularse (“erradicando”) para terminar siendo rechazado en los países en los que quisieran vivir? ¿Qué se busca más allá del consumo y la reproducción de discursos que por negarnos nos han estancado y nos seguirán estancando (soluciones inaplicables en problemáticas con características locales)?

Leer *“En Bolivia no hay racismo, indios de mierda”* termina generando en el lector más preguntas que respuestas. Y sí, yo sé que casi todos estamos hartos de más y más preguntas. Va entonces algo de sentido común a manera de respuesta para los hechos a los blancos: El ser humano promedio, sí, también el indio, quiere mínimamente lo mismo (como si el “indio” sin militancia en partidos políticos no quisiera lo mismo): progreso, empleo, salud, justicia, ecosistemas protegidos que nos permitan a nosotros y a nuestros hijos el consumo de aire y agua no contaminados, menos burocracia a la hora de invertir y seguridad para inversiones, las cuales devendrán o ya devinieron en propiedades.

Son tiempos en los que a la juventud se la empuja a exigir libertad, cuando no hay más que la búsqueda de pertenecer al bando de quienes en el afán perverso de igualarnos hacia abajo (junto a los eternamente vulnerables) terminan siempre impunes luego del ejercicio de la violencia brutal, sea esta física, económica, social, cultural, etcétera. Ahora, por no decir siempre, resulta que los “indios” somos el enemigo... Por favor. No hay color de piel, “bolivianos de bien” (Macusaya lo expone con claridades en el primer capítulo de su libro). Lo que hay son intereses, como en las relaciones diplomáticas donde quienes llegan realmente a negociar nunca llegan a ser todos, sino muy pocos, apenas unos cuantos y siempre así, sea o no que con el tiempo se oscurezca el tono de piel de esos pocos que deciden.

No le tengamos miedo al destierro, al menos quienes no nos hacemos a los blancos, porque desterrados vinimos a este mundo. Sigamos recuperando, entonces, lo que debería pertenecernos a todos. A todos, sí, a todos. No simplemente a todos los “indios”. He ahí el por dónde debe ir nuestro radicalismo, el bien mayor en convivencia, “un radicalismo definido por los hechos y no por las concepciones del mundo”, como expone Enrique Tierno Galván en *“Radicalismos estéticos o falsos radicalismos”*, texto que forma parte

del Tomo X/1, noviembre de 1964, de *Eco. Revista de la Cultura de Occidente*.
El resto son pseudorradicalismos, ipseudorradicalistas de mierda!

Alexis Argüello Sandoval
Director, Editorial Sobras Selectas
Miembro del Archivo Comunitario de El Alto



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This journal is published by the [University Library System](#) of the [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#), and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).